

Colima enhista

Thomas Calvo

José Miguel Romero de Solís, *Conquistas e instituciones de gobierno en Colima de la Nueva España (1523-1600)*, Morelia, Archivo Histórico del Municipio de Colima/Universidad de Colima/El Colegio de Michoacán, 2007.

———, *Clérigos, encomenderos, mercaderes y arrieros en Colima de la Nueva España (1523-1600)*, Morelia, Archivo Histórico del Municipio de Colima/Universidad de Colima/El Colegio de Michoacán, 2008.

Al finalizar su obra el autor nos recuerda que ésta es resultado de una larga investigación que empezó en 1985, cuando fue nombrado director del Archivo Municipal de Colima. Los dos libros aquí presentados sólo son la tercera parte de un tríptico dedicado a la geografía histórica de la alcaldía mayor, a sus personajes, y aquí, a la interacción entre unos y otros en tal entorno. En total son 623 vecinos de la villa que quedan identificados, y algunos otros actores que esperaban desde hace cuatro siglos un dramaturgo o a lo menos un historiador. Por fin encontraron la plu-

ma de quien diera testimonio —eso es historiar— de sus hechos.

Algunos ya eran ampliamente conocidos, como el oidor y visitador Lebrón de Quiñones, que por 1554 nos deja un relato a la vez terrible, pesimista y preciso de esa realidad, y en particular de todos los abusos que recaían sobre los indios. Lo mismo en cuanto al conquistador Francisco Cortés, tildado de humano, y a veces aun de cobarde, que sin embargo hizo —como los demás— una conquista a sangre y fuego: después del paso de su hueste, un testigo escribe que “hallo todo quemado y destruido”. Algunos personajes logran, por fin, salir a la luz, como un tal Esteban de Borgoña, heredero de un Luis Napolitano, escopetero y encomendero, los dos estando en negocios con Juan Oto, quien era catalán: no está mal, como cosmopolitismo, para este *finisterre* que empezó en 1523 con 65 fundadores, y tendría para 1600 unos cien vecinos.

Pero, como ya se dijo, no se trata de una galería de retratos, y así tenemos todos estos actores escenificados en su entorno, con sus actuaciones que permiten entender la violencia y a veces la anarquía de esa matriz aún en pleno trabajo de gestación que fue

la villa de Colima. Es así que asistimos a la pelea en la cual el español Diego Martín y el mulato Diego Pérez se acuchillan por un coco y unas palabras de más. Acompañamos a la india Catalina, una de las pocas mujeres —y más siendo indígena— presentes en la obra, que logra ayudar a escapar a su esposo —negro o mulato—, preso en la cárcel con una toba de hierro en los pies, y después lo esconde por un tiempo.

Pero no podremos hacer desfilar los centenares de personajes presentes en los dos libros. En realidad un solo destino, ejemplar, es suficiente, si podemos seguirlo en las diversas realidades de esta villa, entre mar y frontera, enmarcada entre dos audiencias y dos obispados. Desde un principio supimos quien sería nuestro mentor —por lo demás muy poco recomendable—: “el aventurero Francisco Preciado”, en palabras de Romero de Solís. Más adelante aporta una precisión: “venía curtido por la aventura: había participado en las guerras de Granada, Navarra y Fuenterrabía”, y añade que era natural de Molina de Aragón. Es decir que el personaje llegó tarde a Colima por 1539, y enseñada se enroló en la quinta y última armada que lanzó, desde Acapulco,

Hernán Cortés. Preciado fue el cronista de lo que resultó otro fracaso: el mar fue un espejismo para la villa en la primera mitad del siglo, culminando con la expedición de Legaspi y Urdaneta —este último fue colimense en algún momento— a Filipinas. Francisco de Gómara escribió a este propósito: “fue más el ruido que las nueces” para la villa, y Romero de Solís añade: “poco a poco esta tierra fue dando la espalda a su mar”.

Cuando llegó Preciado a Colima, poco tenía sino la capa al hombro: “en las tiendas no le querían fiar una ristra de ajos por estar pobre”, dice un testigo. Pero era hombre emprendedor y, como veremos, sin escrúpulos. Al final de su vida había juntado una fortuna apreciable, unos 20 mil pesos, que le permitió ejercer funciones dentro del cabildo: en 1557 fue alcalde ordinario, año en el cual fue asesinado. Sin actas de cabildo, Romero de Solís hace filigranas por acercarse a esa corporación, a través de una prosopografía muy apretada, tratando en particular de identificar un posible *cursus honorum*, dentro de los diversos cargos, a partir del análisis de la trayectoria de 67 personajes, aunque la respuesta sea más bien positiva, la demostración queda incierta, dado lo fragmentario de la fuente. Por lo demás el cabildo es, a semejanza de la villa, desorganizado: “era cosa desordenada y de hombres de poca razón icomo si vivieran en ley de salvajes!”, dice del cabildo Lebrón de Quiñones.

Francisco Preciado conoció graves dificultades en 1556-1557 con el alcalde mayor: éste lo encarceló y lo obligó a venderle a bajo precio sus huertas de cacao. Es que poder arbitrario e impunidad forman parte del paisaje, y los 39 alcaldes mayores identificados para el siglo, nombrados en México, apoyados sobre sus tenientes, muchos de ellos vecinos de la villa —29 de 34—, constituyen un

poder sin contraparte, aunque con tensiones con el cabildo.

¿Pero cómo fue que Preciado logró medrar? Como muy a menudo en la época, el motor del ascensor social es el matrimonio: se casó con la joven —y mestiza— viuda de Joseph Garrido, minero y encomendero. Rápidamente el hombre desplazó a su esposa, dirigió a su antojo sus negocios. Su actividad como encomendero fue denunciada por el visitador Lebrón: fue un verdadero azote para sus pueblos, haciendo trabajar sin salario a sus encomendados en sus huertas de cacao. No era el único caso: también se debe subrayar que por 1554 las dos terceras partes de los pueblos bajo encomienda estaban poseídos de forma ilegal, lo cual acentuaba todavía más una explotación despiadada, libre de trabas. Por lo demás, la influencia y la autoridad de los encomenderos decayó, aquí como en otras partes: por los años 1523-1554, el cabildo contó con treinta encomenderos, y sólo seis para 1578-1600.

Preciado trató de hacer fortuna primero en las minas de oro: fue otro espejismo de los primeros tiempos, que sólo llegó a acrecentar el fardo en las espaldas de los indios, muchos de ellos entonces esclavos de precio irrisorio (hacia 1528 un caballo podía valer más de 50 indios) sin enriquecer a los mineros: iuno de ellos se autodenominó “Juan de Benavides, el desdichado”! El astuto Preciado entendió pronto que en esa tierra el oro era de color oscuro, y a poco de casarse acondicionó dos huertas de cacao, que con la mano de obra de sus encomiendas lo hicieron rico. En términos generales, fue la principal actividad de la provincia durante buena parte del siglo: Lebrón calculaba que había unos 752 mil árboles. Pero los excesos cometidos y la despoblación indígena progresivamente dieron paso a otros productos: caña dulce, palmas de coco, ganado.

Por lo demás no todos deben medir con la misma vara que Preciado: Sebastián Romano fue un agricultor modelo, por 1580, hablando de sí mismo escribe “hogaño experimento el cultivar y sembrar el trigo, haba y otras semillas, que serán de gran pro y utilidad de esta provincia, por la mucha hambre y necesidad que en ella se padece”. Es cierto que esto no bastó: la escasez de trigo fue uno de los flagelos de la villa, si bien es cierto que había carne en exceso.

Francisco Preciado no parece haber sido comerciante, aunque en una ocasión vendió un esclavo negro en condiciones poco legales. Sin embargo, el comercio fue, junto con la arriería, una actividad de relieve en esta villa de los confines: se han podido identificar hasta 43 propietarios de tiendas —a fines de siglo hubo hasta siete a la vez— y 51 dueños de recua. Esa movilidad de los arrieros, ese engranaje comercial que percibe el autor, fueron la contraparte de la lejanía de esta alcaldía mayor de los principales centros; los más relacionados con Colima son México, surge también Zacatecas. No nos resulta una sorpresa saber que Guadalajara se mantuvo en este caso al margen.

En estas precisiones que nos da el autor hay algo que debemos meditar. En una época tan remota, poder acceder a esas cifras —y no sólo de tiendas y recuas—, a esa multitud de peripecias, es una verdadera hazaña, lograda gracias al poder recreador de una amplia prosopografía, pero también a la paciencia del investigador, el cariño a una *matria* sea natal o de adopción. Todo esto conjuntado da un gran alcance a la investigación, permite al autor realizar la primera auténtica historia total que tengamos para una ciudad americana del siglo XVI.

Por 1555 Francisco Preciado, en sus luchas con el poder, tuvo que refugiarse a sagrado: y con ello con la Iglesia hemos topado. En realidad

este hijo del Renacimiento no parece haber tenido gran respeto al clero, definiendo a su propio cura como “este vicaruelo y cleriguillo y beati- llo”, con lo cual “ha resultado mucho escándalo así entre españoles como indios que, por su mal ejemplo, menospreciarán ministros y no ternán en nada su doctrina”. Pero esto era más común de lo que pensamos por esos tiempos. Probablemente la originalidad de Colima, en cuanto a religión, esté en otra parte: fue pasto — y de calidad— de seculares, los franciscanos tuvieron un papel reducido, y más bien tardío: el convento se fundó en 1554, por insistencia de Lebrón, a un cuarto de legua de la villa. A su calor, dice Romero de Solís, prosperó el pueblo de Almoloyan, con sus indios que se alquilaban en la villa: uno de ellos se ganaba la vida como verdugo de Colima, alquilando su fute. Como panorama de conjunto, a mediados de siglo las 161 capillas distribuidas en el territorio estaban en un estado lamentable. En esto Preciado

y demás encomenderos tenían mucha culpa, descuidando sus obligaciones en cuanto a la evangelización.

Nuestro pícaro, insistimos, era hombre de su tiempo. Y por eso también, a su medida, participa del florecimiento de las artes y el conocimiento: al fin que fue uno de los pocos escritores colimenses publicados en el siglo XVI. Aun no había muerto cuando, muy lejos de Colima, y muy probablemente sin que el autor nunca lo supiese, en 1556 el gran impresor italiano Ramusio publicó la crónica en que relataba su viaje en la armada de Cortés.

Y ya que de literatura se trata, terminaremos por ahí: Romero de Solís tiene una pluma renacentista y digna de un Herrera y Tordesillas o, más tardíamente, de otro Solís, Antonio. Le gusta ensartar palabras, como en esa larga sarta de oficios, prebendas, cargos, destinos que cita al finalizar, 37 en total, de clérigos a ladronzuelos —la yuxtaposición es nuestra—. Juega con los arcaísmos,

como esa mar que acompaña los primeros pasos de la villa, “a la vera de la mar”, escribe. Colima, que pinta con colores de otro tiempo: “esta villa de frontera echó raíces y no obstante las adversidades de los siglos se ha mantenido enhista”. Por ese *enhista* yo daría si no un reino, sí toda mi poca obra. Y es por eso que cada vez que abría uno de estos dos libros, sentía que me penetraba una música llena de nostalgia, como esa que recuerda el poeta Gérard de Nerval:

“Hay una música por la cual yo cambiaría
 Todo Rossini, todo Mozart y todo Webern,
 Una música muy antigua, lánguida y fúnebre,
 Que sólo para mí tiene encantos secretos.
 Y es que toda vez que me toca escucharla,
 Mi alma se vuelve doscientos años más joven...”

El anarquismo mexicano desde el gabinete vienés de Max Nettlau

Anna Ribera

Max Nettlau, *Actividad anarquista en México* (trad. de Diana Stoyanova Tasseva y Lucrecia Gutiérrez Maupomé; introducción de Jacinto Barrera Basols), México, INAH (Fuentes), 2008.

La publicación de *Actividad anarquista en México* de Max Nettlau es

una gran noticia en el ámbito de la bibliografía acerca de los movimientos sociales y, más concretamente, anarquistas en México. Lo es por múltiples razones, empezando por el autor mismo de la obra. Max Nettlau fue un erudito vienés nacido en 1865, quien dedicó su vida, así como la fortuna heredada de su padre, a coleccionar documentos generados en el mundo entero por los movimientos anarquis-

tas y a escribir una monumental *Historia de la anarquía*, organizada en cinco volúmenes y siete tomos. Cabe decir que escribió además muchas otras obras, entre las que destaca la biografía de Mijail Bakunin, en diez volúmenes. Cuando Rudolf Rocker, importantísimo teórico anarquista alemán, escribió una biografía sobre Nettlau, no dudó en llamarle el “Herodoto de la anarquía”.